

1¹Palabras de Nehemías, hijo de Jacalías. En el mes de quisleu del año veinte, estando yo en la fortaleza de Susa, ²vino Jananí, uno de mis hermanos, con algunos hombres de Judá. Yo les pregunté por los judíos escapados, salvados del destierro, y por Jerusalén. ³Y me dijeron: «Los supervivientes del destierro que quedan allí, en la provincia, están pasándolo muy mal y sufriendo humillaciones. La muralla de Jerusalén está destrozada y sus puertas fueron destruidas por el fuego». ⁴Al oír estas palabras me senté y me puse a llorar. Hice duelo algunos días, ayunando y orando ante el Dios del cielo. ⁵Y dije: «¡Oh Señor, Dios del cielo, Dios grande y terrible, que guardas la alianza y la fidelidad con los que te aman y observan tus mandamientos! ⁶Estén tus oídos atentos y abiertos tus ojos para escuchar la plegaria de tu siervo, que yo proclamo ahora ante ti, día y noche, por los hijos de Israel, tus siervos, confesando los pecados que los hijos de Israel han cometido contra ti. Porque la casa de mi padre y yo hemos pecado. ⁷Hemos obrado muy perversamente contra ti y no hemos guardado los mandamientos, las leyes y los preceptos que tú habías dado a Moisés, tu siervo. ⁸Por favor, recuerda la palabra que diste a Moisés, tu siervo: “Si sois infieles, os dispersaré entre las naciones; ⁹pero si os convertís a mí y guardáis mis mandamientos y los cumplís, aunque vuestros desterrados estuvieran en el extremo de los cielos, los recogeré de allí y los conduciré de nuevo al lugar que he escogido para morada de mi nombre”. ¹⁰Estos son tus siervos y este tu pueblo, a quienes has redimido con tu gran poder y tu fuerte brazo. ¹¹¡Oh Señor!, te pido que estén atentos tus oídos a la oración de tu siervo y a la súplica de tus servidores, que quieren ser fieles a ti. Concede éxito a tu siervo y haz que tenga buena acogida ante ese hombre». En aquel momento yo era copero del rey.

2¹En el mes de nisán del año veinte del rey Artajerjes, siendo yo el responsable del vino, lo tomé y se lo serví al rey. Yo estaba muy triste en su presencia. ²El rey me dijo: «¿Por qué ese semblante tan triste? No estás

enfermo, pero tu corazón parece estar afligido». Entonces, con mucho miedo, ³dije al rey: «¡Larga vida al rey! ¿Cómo no ha de estar triste mi semblante, cuando la ciudad donde se encuentran las tumbas de mis padres está destruida y sus puertas han sido devoradas por el fuego?». ⁴El rey me dijo: «¿Qué quieres?». Yo, encomendándome al Dios del cielo, ⁵le dije: «Si le parece bien al rey y quiere contentar a su siervo, permítame ir a Judá, a la ciudad de las tumbas de mis padres, para reconstruirla». ⁶El rey, que tenía a la reina sentada a su lado, me preguntó: «¿Cuánto durará tu viaje y cuándo volverás?». Yo le fijé un plazo que le pareció bien y me permitió marchar. ⁷Después dije al rey: «Si le parece bien al rey, redácteme unas cartas para los gobernadores de Transeufratina, para que me dejen el paso libre hasta Judá, ⁸y una carta dirigida a Asaf, el guarda del parque real, para que me proporcione madera para construir las puertas de la ciudadela del templo, para la muralla de la ciudad y la casa donde voy a vivir». El rey las mandó redactar, porque la mano de Dios me protegía. ⁹Cuando llegué ante los gobernadores de Transeufratina, les entregué las cartas del rey. Él me había proporcionado una escolta de jefes de tropa y soldados de caballería. ¹⁰Cuando se enteraron Sambalat, el joronita, y Tobías, el funcionario amonita, no les gustó nada que hubiera venido un hombre a procurar el bien de los hijos de Israel. ¹¹Una vez en Jerusalén, permanecí allí tres días. ¹²Una noche me levanté, yo y unos cuantos varones, sin decir nada a nadie de lo que mi Dios me había inspirado hacer por Jerusalén. Tenía un solo caballo que yo montaba. ¹³Salí de noche por la Puerta del Valle; me dirigí hacia la Fuente del Dragón y a la Puerta del Muladar. Inspeccioné detenidamente las murallas de Jerusalén y vi que estaban destruidas, y las puertas devoradas por el fuego. ¹⁴Continué hasta la Puerta de la Fuente y hasta la alberca del rey; pero, como no había sitio para pasar con mi cabalgadura, ¹⁵subí de noche por el torrente, sin dejar de inspeccionar la muralla, y entré por la Puerta del Valle. Una vez allí, volví sobre mis pasos. ¹⁶Los prefectos no se enteraron dónde había ido ni qué había hecho. Hasta entonces no había comunicado nada a los

judíos, ni a los sacerdotes, ni a los nobles, ni a los prefectos, ni a los otros responsables. ¹⁷Entonces les dije: «Ya veis la triste situación en que nos encontramos: Jerusalén destruida, y sus puertas devoradas por el fuego. ¡Reconstruyamos la muralla de Jerusalén y dejemos ya de ser objeto de escarnio!». ¹⁸Luego les conté cómo la mano de Dios me había protegido y les comuniqué también las palabras que el rey me había dirigido. Ellos exclamaron: «¡Manos a la obra; comencemos la construcción!». Y se animaron unos a otros para esta hermosa tarea. ¹⁹Cuando se enteraron Sambalat, el joronita, Tobías, el funcionario amonita, y Guesen, el árabe, se burlaron de nosotros y nos dijeron con desprecio: «¿Qué estáis haciendo? ¿Pretendéis rebelaros contra el rey?». ²⁰Yo les respondí: «El Dios del cielo es quien nos dará éxito. Nosotros, sus siervos, vamos a ponernos a la obra. Pero vosotros no tendréis ni parte, ni derecho, ni nada en Jerusalén».

3¹El sumo sacerdote Eliasib y sus hermanos, los sacerdotes, reconstruyeron la Puerta de las Ovejas; la consagraron y colocaron sus hojas. También reconstruyeron el tramo que va hasta la Torre de Mea, que consagraron, y el tramo que va hasta la Torre de Jananel. ²A su lado trabajaron los hombres de Jericó, acompañados de Zacur, hijo de Imrí. ³Los hijos de Hasnaá se encargaron de la Puerta de los Peces. La armaron y colocaron sus hojas, cerraduras y barras. ⁴Se les unió en la restauración Meremot, hijo de Urías, hijo de Hacós. A su lado estuvo Mesulán, hijo de Berequías, hijo de Mesezabel, y también Sadoc, hijo de Baaná. ⁵Al lado de estos trabajaron los habitantes de Técoa; pero sus notables no quisieron colaborar con sus señores. ⁶La Puerta Antigua fue restaurada por Josadá, hijo de Paséaj, y por Mesulán, hijo de Besodías; la armaron y colocaron sus hojas, cerraduras y barras. ⁷Junto con ellos trabajaron Melatías de Gabaón y Yadón de Meronot, con los hombres de Gabaón y de Mispá, a expensas del gobernador de Transeufratina. ⁸Colaboraron con ellos Uziel, hijo de Jarjaías, del gremio de los orfebres, y Jananías, del gremio de los perfumistas. Entre todos reconstruyeron Jerusalén hasta

la muralla ancha. ⁹También trabajó Refaías, hijo de Jur, jefe de la mitad del distrito de Jerusalén. ¹⁰Lo ayudaron Yedayas, hijo de Jarumaf, delante de su casa, y Jatús, hijo de Jasabnías. ¹¹Malaquías, hijo de Jarín, y Jasub, hijo de Pajat Moab, repararon el siguiente tramo hasta la Torre de los Hornos. ¹²Los ayudó en la restauración Salún, hijo de Halojés, gobernador de la otra mitad del distrito de Jerusalén, además de sus hijas. ¹³Janún y los habitantes de Zanóaj trabajaron en la restauración de la Puerta del Valle. La reconstruyeron y colocaron sus hojas, cerraduras y barras. También trabajaron en la restauración de quinientos metros de la muralla hasta la Puerta del Muladar. ¹⁴Esta puerta fue restaurada por Malaquías, hijo de Recab, jefe del distrito de Betaqueren; la reconstruyó y colocó sus hojas, cerraduras y barras. ¹⁵La Puerta de la Fuente fue restaurada por Salún, hijo de Col José, jefe del distrito de Mispá; la reconstruyó, la techó y colocó sus hojas, cerraduras y barras. También restauró el muro de la alberca de Siloé, al lado de la huerta del rey, hasta las escaleras que bajan desde la ciudad de David. ¹⁶Después de él, Nehemías, hijo de Azbuc, jefe de la mitad del distrito de Bet Sur, restauró el sector que va hasta delante de los sepulcros de David, hasta la alberca artificial y la Casa de los Héroes. ¹⁷Tras él, trabajaron en la restauración los levitas: Rejún, hijo de Baní. Le ayudó Jasabías, jefe de la mitad del distrito de Queilá, en su distrito. ¹⁸Luego, trabajaron en la restauración sus parientes: Binuy, hijo de Jenadad, jefe de la otra mitad del distrito de Queilá. ¹⁹Le acompañó en la tarea Ézer, hijo de Josué, jefe de Mispá, que restauró otro tramo frente a la subida de la armería de la esquina. ²⁰Después de él, Baruc, hijo de Zabay, restauró otro tramo, desde el ángulo hasta la puerta de la casa del sumo sacerdote Eliasib. ²¹A continuación Meremot, hijo de Urías, hijo de Hacós, restauró el tramo siguiente, desde la puerta de la casa de Eliasib hasta el extremo de la casa de Eliasib. ²²Después de él trabajaron en la restauración los sacerdotes que habitaban en la llanura. ²³Luego, Benjamín y Jasub trabajaron en la restauración frente a su casa. A continuación Azarías, hijo de Maasías, hijo de Ananías, restauró el tramo junto a su casa.

²⁴Después restauró otro trecho Binuy, hijo de Jenadad, desde la casa de Azarías hasta la esquina y hasta el ángulo. ²⁵Palal, hijo de Uzay, reparó una parte delante del ángulo de la torre alta que sobresale del palacio real y da al patio de la cárcel. Tras él, Pedaías, hijo de Parós. ²⁶Los sirvientes del templo, que habitaban en el Ófel, trabajaron en la restauración hasta el frente de la Puerta del Agua, hacia levante y hasta la torre saliente. ²⁷Tras él, los habitantes de Técoa trabajaron en la restauración de otro tramo, frente a la gran torre saliente, hasta la muralla de Ófel. ²⁸Los sacerdotes trabajaron en la restauración a partir de la Puerta de los Caballos, cada uno frente a su propia casa. ²⁹Después de ellos, trabajó Sadoc, hijo de Imer, que restauró frente a su casa. Después Semaías, hijo de Secanías, guardián de la puerta Oriental. ³⁰Tras él Jananías, hijo de Selemías, y Janún, sexto hijo de Salaf, trabajaron en la restauración de otro tramo. Después Mesulán, hijo de Baraquías, restauró frente a su casa. ³¹Tras él Malaquías, del gremio de los orfebres, restauró hasta la casa de los sirvientes del templo y de los comerciantes, frente a la Puerta de la Vigilancia y hasta la cámara alta de la esquina. ³²Y entre la cámara alta de la esquina y la Puerta de las Ovejas trabajaron en la restauración los orfebres y los comerciantes. ³³Cuando Sambalat se enteró de que estábamos reconstruyendo la muralla, montó en cólera y, enfurecido, se burlaba de los judíos. ³⁴Dijo ante sus paisanos y ante el ejército de Samaría: «¿Veis lo que hacen esos miserables judíos? ¿Vamos a dejar que continúen? ¿Llegarán a ofrecer sacrificios? ¿Acabarán algún día? ¿Lograrán que estas piedras calcinadas revivan de entre los montones de escombros?». ³⁵Tobías el amonita, que estaba junto a él, dijo: «Aunque ellos reconstruyan, bastará una zorra para destruir su muralla de piedras». ³⁶¡Oh Dios nuestro, escucha cómo nos desprecian! ¡Haz que su insulto se vuelva contra ellos! ¡Entrégalos al desprecio en tierra de cautiverio! ³⁷¡No pases por alto su iniquidad ni apartes tu vista de su pecado, pues han insultado a los constructores! ³⁸Así pues, construimos la muralla y la reparamos del todo hasta media altura, pues el pueblo tenía ganas de trabajar con gran empeño.

4¹ Pero cuando Sambalat, Tobías, los árabes, los amonitas y los de Asdod se enteraron de que la restauración de la muralla de Jerusalén estaba en marcha y que las brechas estaban siendo tapadas, se pusieron muy furiosos ²y se conjuraron todos ellos para atacar a Jerusalén y causarle el mayor daño posible. ³Nosotros rezamos a nuestro Dios y organizamos una guardia contra ellos de día y de noche. ⁴Los hombres de Judá decían: «¡Empiezan a flaquear las fuerzas de los cargadores; hay demasiados escombros! ¡No vamos a poder reconstruir la muralla!». ⁵Por su parte, nuestros enemigos comentaban: «Caeremos sobre ellos sin que se enteren ni se den cuenta. Los mataremos y así pondremos fin a la obra». ⁶Pero los judaítas que vivían entre ellos vinieron repetidas veces a advertirnos por qué lugares nos atacarían. ⁷Entonces los reuní en las zonas más bajas, por detrás de la muralla, en los puntos descubiertos, y organicé a la gente por familias, cada uno con sus espadas, sus lanzas y sus arcos. ⁸Después de una inspección, me puse en pie y dije a los nobles, a los prefectos y al resto del pueblo: «¡No les temáis! Acordaos del Señor, grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, vuestros hijos y vuestras hijas, vuestras mujeres y vuestras casas!». ⁹Cuando nuestros enemigos se enteraron de que estábamos advertidos y de que Dios había arruinado sus planes, se volvieron; nosotros regresamos a la muralla, cada cual a su tarea. ¹⁰Desde aquel día, solo la mitad de mis hombres trabajaban en la obra; la otra mitad empuñaba las lanzas, los escudos, las flechas y las lorigas. Los jefes, por su parte, se preocupaban por todos los hombres de Judá. ¹¹Los que trabajaban en la muralla y los cargadores estaban armados; con una mano trabajaban y con la otra empuñaban el arma. ¹²Cada uno de los constructores tenía su espada ceñida a los lomos mientras trabajaba. Y el que tocaba el cuerno estaba siempre conmigo. ¹³Entonces dije a los nobles, a los prefectos y al resto del pueblo: «La obra es grande y extensa, y estamos diseminados a lo largo de la muralla, lejos unos de otros. ¹⁴Reuníos allí donde oigáis el sonido del cuerno y nuestro Dios luchará con nosotros». ¹⁵Así trabajábamos, desde el amanecer hasta que salían las estrellas, mientras

la mitad empuñaba las lanzas. ¹⁶Pero también dije al pueblo: «Cada uno, con su criado, dormirá en Jerusalén. Así de noche trabajaremos de centinelas y de día en la obra». ¹⁷Ni yo, ni mis hermanos, ni mis gentes, ni los hombres de guardia que me seguían nos quitábamos los vestidos. Cada uno dormía con el arma al alcance de la mano.

5¹Después se originó una protesta de las gentes del pueblo y sus mujeres, contra sus hermanos judíos. ²Unos decían: «Nuestros hijos, nuestras hijas y nosotros somos muchos, y hemos de buscar el grano con que poder comer y vivir». ³Otros comentaban: «Tenemos que empeñar nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas para poder conseguir grano en esta penuria». ⁴Otros, en fin, decían: «Tenemos que pedir dinero prestado para pagar el tributo al rey. ⁵Nosotros somos como nuestros hermanos, y nuestros hijos son como sus hijos. Pero nosotros tenemos que someter a nuestros hijos y a nuestras hijas a la esclavitud. Algunas de nuestras hijas ya son esclavas, sin que podamos impedirlo, pues nuestros campos y nuestras viñas pertenecen a los nobles». ⁶Yo me indigné al oír sus gritos y la situación descrita, ⁷y, después de reflexionar en mi interior, reprendí a los nobles y a los prefectos. Les dije: «¿Por qué exigís esa carga a vuestros hermanos?». Después convoqué contra ellos una gran asamblea ⁸y les dije: «Dentro de nuestras posibilidades rescatamos a nuestros hermanos judíos que habían sido vendidos a los gentiles. ¡Y ahora vosotros vendéis a vuestros hermanos para que se los compremos!». Ellos se quedaron en silencio, sin saber qué responder. ⁹También les dije: «No está bien lo que hacéis. ¿No deberíais caminar en el temor de nuestro Dios, para evitar así la burla de nuestros enemigos los gentiles? ¹⁰También yo, mis hermanos y mi gente les hemos dado en préstamo dinero y grano. Pues bien, ¡os ruego que perdonemos estas deudas! ¹¹Por favor, devolvedles ahora mismo sus campos, sus viñas, sus olivares y sus casas, y perdonadles la deuda del dinero, del trigo, del vino y del aceite que les ibais a exigir». ¹²Ellos respondieron: «Se lo devolveremos y no les reclamaremos nada.

Haremos lo que dices». Entonces llamé a los sacerdotes y les hice jurar que actuarían según lo dicho. ¹³Después sacudí mi manto y dije: «Así sacuda Dios de su templo y de su tierra a quien no mantenga esta promesa. Así sea sacudido y se quede sin nada». Y toda la asamblea respondió: «¡Amén!». Después alabaron al Señor. Y la gente cumplió lo que había prometido. ¹⁴Además, desde el día en que fui nombrado gobernador de la tierra de Judá, desde el año veinte hasta el treinta y dos del rey Artajerjes, esto es, durante doce años, ni yo ni mis hermanos comimos de la provisión debida al gobernador. ¹⁵En cambio, los gobernadores que me habían precedido habían gravado al pueblo, percibiendo de él a diario, en concepto de pan y vino, cuarenta monedas de plata. También sus criados oprimían al pueblo. Pero yo no actué así, porque temía a Dios. ¹⁶Incluso trabajé en la reconstrucción de esta muralla, y no adquirí campo alguno; y todos mis criados también estaban allí trabajando en las obras. ¹⁷Los judíos y los prefectos que se sentaban a mi mesa eran ciento cincuenta hombres, aparte de los que venían de los pueblos limítrofes. ¹⁸Lo que se preparaba diariamente — un toro, seis carneros escogidos y aves— era a costa mía. Cada diez días se traía abundancia de vino de todo tipo. Aun así, no reclamé la provisión que me correspondía como gobernador, porque la prestación a los trabajadores ya gravaba bastante al pueblo. ¹⁹¡Oh Dios mío, acuérdate para mi bien de todo lo que he hecho por este pueblo!

6¹Cuando Sambalat, Tobías, Guesen el árabe y el resto de nuestros enemigos se enteraron de que yo había reconstruido la muralla y no quedaba brecha alguna en ella (aunque todavía no había colocado las hojas de las puertas), ²Sambalat y Guesen mandaron a decirme: «Ven, organicemos una entrevista con los príncipes de la vega de Ono». Como lo que querían era hacerme daño, ³yo mandé a decirles: «Estoy ocupado en una obra importante y no puedo ir; la obra se pararía si la dejo para ir a veros». ⁴Volvieron a hacerme la misma invitación cuatro veces, pero yo les di siempre la misma respuesta. ⁵Entonces Sambalat mandó a

decirme por quinta vez lo mismo por medio de un criado, que traía una carta abierta ⁶en la que estaba escrito: «Entre las gentes corre el rumor —así lo afirma Gasmú— de que tú y los judíos proyectáis sublevaros, y que por eso reconstruyes la muralla; y de que tú serás su rey; ⁷que has designado profetas para que hablen de ti en Jerusalén y te proclamen rey de Judá. Estos rumores llegarán a oídos del rey. Ven, pues, para que tomemos juntos una decisión». ⁸Pero yo mandé a decirle: «No hay nada de lo que tú dices. Son mentiras inventadas por ti». ⁹Y es que todos intentaban meternos miedo, pensando que dejaríamos el trabajo y que la obra no llegaría a término. Sin embargo, yo continué con más ánimo. ¹⁰Uno de aquellos días fui a casa de Semaías, hijo de Delaías, hijo de Mehetabel, que estaba impedido, y me dijo: «Refugiémonos en el templo de Dios, en el interior del santuario. Cerremos bien las puertas del santuario, porque quieren venir a matarte. Sí, esta noche vendrán a matarte». ¹¹Pero respondí: «¿Un hombre como yo ha de huir? ¿Quién como yo se refugiaría en el santuario para salvar su vida? No pienso ir». ¹²Comprendí claramente que no lo había enviado Dios, sino que había pronunciado aquella profecía sobre mí porque Tobías y Sambalat lo habían comprado. ¹³¿Y para qué lo habían comprado? Para que yo, movido por el miedo, obrara así y pecara. Así ellos me acusarían de haber cometido una mala acción y la utilizarían como pretexto para desprestigiarme. ¹⁴¡Acuérdate, Dios mío, de lo que han hecho Tobías y Sambalat, de la profetisa Noadías y de los demás profetas que trataron de asustarme! ¹⁵Así pues, la muralla se terminó el día veinticinco del mes de elul, después de cincuenta y dos días. ¹⁶Cuando se enteraron nuestros enemigos, el miedo se apoderó de todas las naciones vecinas y se sintieron humillados, porque comprendieron que esta obra había sido realizada con la ayuda de nuestro Dios. ¹⁷Por aquellos días los nobles de Judá intercambiaron muchas cartas con Tobías. ¹⁸En Judá había muchos hombres vinculados a él por ser yerno de Secanías, hijo de Araj, y porque su hijo Yohojanán estaba casado con la hija de Mesulán, hijo de

Berequías. ¹⁹Ellos lo alababan ante mí y le transmitían mis palabras. Mientras tanto Tobías seguía mandando cartas para intimidarme.

7¹Terminada la muralla, y tras haber colocado las hojas de las puertas, los porteros, los cantores y los levitas quedaron encargados de la vigilancia. ²Puse al frente de Jerusalén a mi hermano Jananí y a Jananías, gobernador de la ciudadela, porque era un hombre más fiel y temeroso de Dios que otros, ³y les dije: «Las puertas de Jerusalén no se abrirán hasta que el sol comience a calentar. Se cerrarán y se echarán los candados antes que se ponga. Los habitantes de Jerusalén harán guardia, unos en su puesto y otros delante de su propia casa». ⁴La ciudad era espaciosa y grande, pero estaba poco poblada y no se construían casas. ⁵Mi Dios me inspiró la idea de reunir a los nobles, a los prefectos y al pueblo para hacer el censo. Tomé el libro del registro genealógico de los que habían vuelto la primera vez, y encontré escrito en él: ⁶Estos son los habitantes de la provincia que regresaron del cautiverio, a quienes había deportado Nabucodonosor, rey de Babilonia, y que volvieron a Jerusalén y Judá, cada uno a su ciudad. ⁷Vinieron con Zorobabel, Josué, Nehemías, Azarías, Raamías, Najamaní, Mardoqueo, Bilsán, Mispéret, Bigvay, Najún y Baaná. El número de los hombres del pueblo de Israel fue el siguiente: ⁸Descendientes de Parós: dos mil ciento setenta y dos; ⁹descendientes de Sefatías, trescientos setenta y dos; ¹⁰descendientes de Araj, seiscientos cincuenta y dos; ¹¹descendientes de Pajat-Moab, descendientes de Josué y Joab, dos mil ochocientos dieciocho; ¹²descendientes de Elán, mil doscientos cincuenta y cuatro; ¹³descendientes de Zatú, ochocientos cuarenta y cinco; ¹⁴descendientes de Zacay, setecientos setenta; ¹⁵descendientes de Binuy, seiscientos cuarenta y ocho; ¹⁶descendientes de Bebay, seiscientos veintiocho; ¹⁷descendientes de Azgad, dos mil trescientos veintidós; ¹⁸descendientes de Adonacán, seiscientos sesenta y siete; ¹⁹descendientes de Bigvay, dos mil sesenta y siete; ²⁰descendientes de Adín, seiscientos cincuenta y cinco; ²¹descendientes de Ater, esto es, descendientes de Ezequías,

noventa y ocho; ²²descendientes de Jasún, trescientos veintiocho; ²³descendientes de Besay, trescientos veinticuatro; ²⁴descendientes de Jarif, ciento doce. ²⁵Hombres oriundos de Gabaón, noventa y cinco; ²⁶oriundos de Belén y Netofá, ciento ochenta y ocho; ²⁷oriundos de Anatot, ciento veintiocho; ²⁸oriundos de Betazmávet, cuarenta y dos; ²⁹oriundos de Quiriat Yearín, Quefirá y Beerot, setecientos cuarenta y tres; ³⁰oriundos de Ramá y Gueba, seiscientos veintiuno; ³¹oriundos de Micmás, ciento veintidós; ³²oriundos de Betel y Ay, ciento veintitrés. ³³Descendientes de Nebo, cincuenta y dos; ³⁴descendientes del otro Elán, mil doscientos cincuenta y cuatro; ³⁵descendientes de Jarín, trescientos veinte; ³⁶descendientes de Jericó, trescientos cuarenta y cinco; ³⁷descendientes de Lod, Jadid y Onó, setecientos veinticinco; ³⁸descendientes de Senaá, tres mil novecientos treinta. ³⁹Los sacerdotes eran estos: descendientes de Yedaías, de la parentela de Josué, novecientos setenta y tres; ⁴⁰descendientes de Imer, mil cincuenta y dos; ⁴¹descendientes de Pasjur, mil doscientos cuarenta y siete; ⁴²descendientes de Jarín, mil diecisiete. ⁴³Los levitas eran los siguientes: descendientes de Josué y de Cadmiel, de la familia de Hodías, setenta y cuatro. ⁴⁴Los cantores eran ciento cuarenta y ocho descendientes de Asaf. ⁴⁵Los porteros eran ciento treinta y ocho descendientes de Salún, de Ater, de Talmón, de Acub, de Jatitay y de Sobay. ⁴⁶Los donados eran descendientes de Sijá, de Jasufá, de Taboot, ⁴⁷de Querós, de Siahá, de Padón, ⁴⁸de Lebaná, de Jagabá, de Salmay, ⁴⁹de Janán, de Guidel, de Gajar, ⁵⁰de Reayá, de Resín, de Necodá, ⁵¹de Gazán, de Uzá, de Paséaj, ⁵²de Besay, de Meunín, de Nefusín, ⁵³de Bacbuc, de Jacufá, de Jarjur, ⁵⁴de Baslut, de Mejidá, de Jarsá, ⁵⁵de Barcós, de Siserá, de Témaj, ⁵⁶de Nesíaj y de Jatifá. ⁵⁷Los siervos de Salomón eran descendientes de Sotay, de Soféret, de Perudá, ⁵⁸de Yaalá, de Darcón, de Guidel, ⁵⁹de Sefatías, de Jatil, de Poqueret Hasebáin y de Amón. ⁶⁰El total de donados y de siervos de Salomón se elevaba a trescientos noventa y dos. ⁶¹Estos son los que regresaron de Tel-Mélaj, Tel-Jarsá, Querub, Adán e Imer, pero no pudieron demostrar que su familia paterna y su estirpe procedían de

Israel: ⁶²seiscientos cuarenta y dos descendientes de Delaías, de Tobías y de Necodá; ⁶³y de los sacerdotes, los descendientes de Jobaías, de Hacós y de Barzilay, el que se había casado con una de las hijas de Barzilay, el galaadita, y que adoptó el nombre de ellas. ⁶⁴Estos buscaron sus títulos genealógicos, pero no los encontraron, por lo que fueron excluidos del sacerdocio. ⁶⁵El gobernador les prohibió comer alimentos sagrados hasta que se presentase un sacerdote para consultar los urim y los tumim. ⁶⁶La comunidad, al completo, estaba integrada por cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas, ⁶⁷sin contar sus esclavos y esclavas, que eran siete mil trescientos treinta y siete. También había doscientos cuarenta y cinco cantores y cantoras. ⁶⁸Disponían de setecientos treinta y seis caballos y doscientos cuarenta y cinco mulos. Tenían también cuatrocientos treinta y cinco camellos y seis mil setecientos veinte asnos. ⁶⁹Algunos de los cabezas de familia hicieron donativos para la obra. El gobernador ofrendó al tesoro mil dracmas de oro, cincuenta jarras y quinientas treinta túnicas sacerdotales. ⁷⁰Otros cabezas de familia depositaron en el tesoro de la obra veinte mil dracmas de oro y dos mil doscientas minas de plata. ⁷¹El resto del pueblo entregó veinte mil dracmas de oro, dos mil minas de plata y sesenta y siete túnicas sacerdotales. ⁷²Los sacerdotes, los levitas, los porteros, los cantores y parte del pueblo, los donados y todos los israelitas se establecieron en sus ciudades. Así, llegado el mes séptimo, los hijos de Israel ya vivían en sus ciudades.

8¹El pueblo entero se reunió como un solo hombre en la plaza que está delante de la Puerta del Agua y dijeron a Esdras, el escriba, que trajese el libro de la ley de Moisés que el Señor había dado a Israel. ²El día primero del mes séptimo, el sacerdote Esdras trajo el libro de la ley ante la comunidad: hombres, mujeres y cuantos tenían uso de razón. ³Leyó el libro en la plaza que está delante de la Puerta del Agua, desde la mañana hasta el mediodía, ante los hombres, las mujeres y los que tenían uso de razón. Todo el pueblo escuchaba con atención la lectura del libro de la

ley. ⁴El escriba Esdras se puso en pie sobre una tribuna de madera levantada para la ocasión. Estaban a su derecha Matitías, Semá, Ananías, Urías, Jelcías y Maasías; y a su izquierda, Pedaías, Misael, Malquías, Jasún, Jasbadana, Zacarías y Mesulán. ⁵Esdras abrió el libro en presencia de todo el pueblo, de modo que toda la multitud podía verlo; al abrirlo, el pueblo entero se puso de pie. ⁶Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo respondió con las manos levantadas: «Amén, amén». Luego se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra. ⁷Los levitas Josué, Baní, Serebías, Jamín, Acub, Sabtay, Hodiías, Maasías, Quelitá, Azarías, Yozabad, Janán y Pelaías explicaron la ley al pueblo, que permanecía en pie. ⁸Leyeron el libro de la ley de Dios con claridad y explicando su sentido, de modo que entendieran la lectura. ⁹Entonces el gobernador Nehemías, el sacerdote y escriba Esdras, y los levitas que instruían al pueblo dijeron a toda la asamblea: «Este día está consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis» (y es que todo el pueblo lloraba al escuchar las palabras de la ley). ¹⁰Nehemías les dijo: «¡Id, comed buenos manjares y bebed buen vino, e invitad a los que no tienen nada preparado, pues este día está consagrado al Señor. ¡No os pongáis tristes; el gozo del Señor es vuestra fuerza!». ¹¹También los levitas tranquilizaban a todo el pueblo, diciendo: «¡Callad, no estéis tristes, porque este día es santo!». ¹²Así que el pueblo entero se fue a comer y beber, a invitar a los demás y a celebrar una gran fiesta, porque habían comprendido lo que les habían enseñado. ¹³El segundo día, los cabezas de familia de todo el pueblo, los sacerdotes y los levitas se reunieron con el escriba Esdras para escuchar atentamente las palabras de la ley. ¹⁴Encontraron escrito en la ley que el Señor había prescrito por medio de Moisés que los hijos de Israel deberían vivir en cabañas durante la fiesta del mes séptimo. ¹⁵Así pues, publicaron y pregonaron por todas sus ciudades y en Jerusalén un bando que decía: «¡Id al monte y traed ramos de olivo, de olivo silvestre, de mirto, de palmera y de otros árboles frondosos para hacer cabañas, como está prescrito». ¹⁶El pueblo salió, trajo los ramos y cada cual se hizo su cabaña; unos en su propio terrado,

otros en sus patios, en los atrios del templo de Dios, en la plaza de la Puerta del Agua y en la plaza de la Puerta de Efraín. ¹⁷Toda la comunidad de los repatriados hizo cabañas y se instaló en ellas. Desde los tiempos de Josué, hijo de Nun, no habían hecho una cosa así los hijos de Israel hasta aquel día. Y la alegría fue inmensa. ¹⁸Esdras leyó el libro de la ley de Dios a diario, desde el primer día hasta el último. La fiesta duró siete días y el octavo se celebró la fiesta solemne de clausura, según la costumbre.

9¹El día veinticuatro de aquel mismo mes se reunieron los hijos de Israel para hacer ayuno, vestidos de saco y cubiertos de polvo. ²Los de la raza de los hijos de Israel se separaron de todos los extranjeros, se presentaron y confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres. ³De pie, cada uno desde su sitio, leyeron el libro de la ley del Señor, su Dios, durante tres horas. Después, en otras tres horas confesaron sus pecados y adoraron al Señor, su Dios. ⁴A continuación subieron a la tribuna de los levitas Josué, Baní, Cadmiel, Sebanías, Buní, Serebías y Quenaní, y clamaron en alta voz al Señor, su Dios. ⁵Y los levitas Josué, Cadmiel, Baní, Jasabnías, Serebías, Hodiýías, Sebanías y Petajías dijeron: «¡Poneos en pie y bendecid al Señor, vuestro Dios, desde siempre y por siempre! ¡Bendito sea tu nombre glorioso, que supera toda bendición y alabanza!». ⁶Y Esdras oró así: «¡Tú eres el único Señor! Tú hiciste el cielo, el cielo de los cielos y todas sus estrellas, la tierra y todo cuanto hay en ella, los mares y todo lo que contienen. Tú das la vida a todo y todos los astros del cielo te adoran. ⁷Tú eres, Señor, el Dios que elegiste a Abrán, le sacaste de Ur de los caldeos y le diste el nombre de Abrahán. ⁸Comprobaste que su corazón era fiel a ti e hiciste con él una alianza, para darle a él y a su descendencia la tierra del cananeo, del hitita, del amorreo, del pereceo, del jebuseo, del guirgaseo. Y has cumplido tu palabra, porque eres justo. ⁹Viste la aflicción de nuestros padres en Egipto y escuchaste su clamor junto al mar Rojo. ¹⁰Hiciste milagros y prodigios contra el faraón, contra todos sus siervos y contra el pueblo

entero de su país, porque sabías que los habían tratado con arrogancia. Te formaste un renombre que dura todavía hoy. ¹¹Dividiste el mar ante ellos y lo pasaron a pie enjuto. Mientras, a sus perseguidores los precipitaste en el abismo, como una piedra en aguas impetuosas. ¹²Los guiaste de día mediante una columna de nube, de noche con una columna de fuego, para alumbrarles el camino que debían seguir. ¹³Después bajaste sobre el monte Sinaí, hablaste con ellos desde el cielo, les diste órdenes justas, leyes verdaderas, preceptos y mandamientos buenos. ¹⁴Les enseñaste tu santo sábado, les prescribiste mandamientos, preceptos y leyes por medio de tu siervo Moisés. ¹⁵Les diste pan del cielo para saciar su hambre, hiciste manar agua de una roca para calmar su sed y les mandaste que tomaran posesión del país que, con la mano alzada, habías jurado darles. ¹⁶Pero ellos, nuestros antepasados, se obstinaron, persistieron en su terquedad y no obedecieron tus mandatos. ¹⁷No quisieron escuchar y no se acordaron de las maravillas que habías realizado para ellos. Se volvieron tercos y se empeñaron en volver a su esclavitud de Egipto. Pero tú eres un Dios dispuesto a perdonar, clemente y misericordioso, lento a la ira y lleno de bondad. Por eso no los abandonaste; ¹⁸ni siquiera cuando se fabricaron un becerro de metal fundido y dijeron: "¡Este es tu dios, que te ha sacado de Egipto!", y cometieron grandes abominaciones. ¹⁹Pues tú, por tu inmensa misericordia, no los abandonaste en el desierto. No se apartó de ellos la nube que durante el día los guiaba en su camino, ni la columna de fuego que por la noche alumbraba la ruta por la que habían de caminar. ²⁰Les diste tu espíritu bueno para instruirlos. No negaste el maná a su boca. Les diste agua para calmar la sed. ²¹Los mantuviste cuarenta años en el desierto. No les faltó nada. Sus vestidos no se gastaron ni se les hincharon los pies. ²²Les diste reinos y pueblos y se los repartiste. Sometieron a Sijón, rey de Jesbón; y a Og, rey de Basán. ²³Multiplicaste a sus hijos como las estrellas del cielo. Los llevaste a la tierra que habías prometido dar a sus padres. ²⁴Así entraron los hijos y se apoderaron de la tierra. Humillaste ante ellos a los cananeos,

pobladores del país, y los entregaste en sus manos, a ellos, a sus reyes y a los pueblos del país, para que los trataran a su gusto. ²⁵Se apoderaron de ciudades amuralladas, de una tierra fértil. Ocuparon casas y todo tipo de bienes: pozos, viñedos, olivares y árboles frutales en abundancia. Comieron, se saciaron, engordaron y se recrearon en tu gran bondad. ²⁶Pero fueron insolentes. Se rebelaron contra ti y echaron tu ley a sus espaldas. Mataron a tus profetas, que les exhortaban a convertirse a ti, y te ofendieron gravemente. ²⁷Entonces los entregaste en mano de sus enemigos, que los oprimieron. Clamaron a ti en el momento de angustia y tú los escuchaste desde el cielo. Por tu gran bondad, les diste liberadores que los salvaran de las manos de sus enemigos. ²⁸Pero en cuanto recobraron la tranquilidad, volvieron a obrar mal ante ti y tú los abandonaste en manos de sus enemigos, que los sometieron a su yugo. Entonces te suplicaron otra vez y tú los escuchaste desde el cielo y por tu gran bondad los salvaste. ²⁹Les instabas a convertirse a tu ley, pero ellos actuaron con orgullo y no escucharon tus mandamientos, pecando contra tus leyes, que dan la vida a quienes las cumplen. Endurecieron su cerviz, persistieron en su terquedad y no obedecieron. ³⁰Aun así, fuiste benévolo con ellos muchos años. Los amonestaste con tu espíritu por medio de los profetas, pero no escucharon. Entonces los entregaste en manos de los pueblos gentiles. ³¹Pero por tu gran bondad no los aniquilaste ni los abandonaste, porque eres un Dios clemente y misericordioso. ³²Ahora, ¡oh Dios nuestro!, Dios grande, poderoso, terrible, que guardas la Alianza y la misericordia, no desdeñes la desgracia que ha caído sobre nosotros, nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes, nuestros profetas, nuestros padres y todo tu pueblo, desde la época de los reyes de Asiria hasta el día de hoy. ³³Has sido justo en todo lo que nos ha sobrevenido, porque has actuado con tu lealtad, y nosotros, en cambio, con maldad. ³⁴Nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y nuestros antepasados no cumplieron tu ley ni obedecieron tus mandamientos y las normas que tú les habías dado. ³⁵Ellos, cuando ocupaban su reino, no te sirvieron ni se

arrepintieron de sus malas acciones, a pesar de los abundantes bienes que tú les concedías, en esta tierra ancha y feraz que tú habías puesto a su disposición. ³⁶Ahora nosotros mismos somos esclavos. Estamos esclavizados en el país que diste a nuestros padres para que comieran de sus frutos y sus bienes. ³⁷Sus muchos frutos son para los reyes que nos has impuesto por nuestros pecados. Ellos hacen lo que quieren con nosotros y con nuestro ganado. Por eso estamos tan angustiados.

10¹Por todo esto, aceptamos el compromiso firme, escrito, sellado y firmado por nuestros príncipes, por nuestros levitas y por nuestros sacerdotes». ²El documento lo firmaron: Nehemías, el gobernador, hijo de Jacalías, y Sedecías, ³Seraías, Azarías, Jeremías, ⁴Pasjur, Amarías, Malquías, ⁵Jatús, Sebanías, Maluc, ⁶Jarín Meremot, Abdías, ⁷Daniel, Guinetón, Baruc, ⁸Mesulán, Abías, Miyamín, ⁹Mazías, Bilgá y Semaías. ¹⁰También lo firmaron los levitas: Josué, hijo de Azanías; Binuy, descendiente de Jenadad; Cadmiel ¹¹y sus hermanos Secanías, Odías, Quelitá, Pelaías, Janán, ¹²Micá, Rejob, Jasabías, ¹³Zacur, Serebías, Sebanías, ¹⁴Hodiyías, Baní y Beninú. ¹⁵Lo firmaron también los jefes del pueblo: Parós, Pajat, Moab, Elán, Zatú, Baní, ¹⁶Buní, Azgad, Bebay, ¹⁷Adonías, Bigvay, Adín, ¹⁸Ater, Ezequías, Azur, ¹⁹Hodiyías, Jasún, Besay, ²⁰Jarif, Anatot, Nebay, ²¹Magpías, Mesulán, Jezir, ²²Mesezabel, Sadoc, Yadúa, ²³Pelatías, Janán, Anaías, ²⁴Oseas, Jananías, Jasub, ²⁵Halojés, Piljá, Sobec, ²⁶Rejún, Jasabná, Mazías, ²⁷Ajías, Janán, Anán, ²⁸Maluc, Jarín y Baaná. ²⁹El resto del pueblo, los sacerdotes, los levitas, los porteros, los cantores, los donados del templo y todos los que se habían separado de las gentes de otros países para unirse a la ley de Dios, sus mujeres, sus hijos y sus hijas, todos los que tenían uso de razón, ³⁰se unieron a sus hermanos y a sus jefes y se comprometieron, bajo juramento, a caminar en la ley de Dios, dada por medio de Moisés, siervo de Dios, y a observar y poner en práctica todos los mandamientos del Señor, nuestro Dios, sus normas y sus leyes; ³¹se comprometieron igualmente a no casar a nuestras hijas con las gentes del país, ni permitir que sus hijas se casen con nuestros

hijos; ³²a no comprar nada en sábado o en día festivo a las gentes del país cuando traigan a vender mercancías o cualquier clase de cereales; a renunciar el año séptimo a la deuda de cualquier prestamista. ³³También nos impusimos la obligación de dar un tercio de siclo al año para el culto del templo de nuestro Dios, ³⁴para los panes de la proposición, para la ofrenda cotidiana, para el holocausto perpetuo, para los sacrificios de los sábados, de los novilunios, de las solemnidades, para los sacrificios de reconciliación, para los sacrificios por el pecado en expiación de Israel, y para cualquier obra del templo de nuestro Dios. ³⁵Los sacerdotes, los levitas y el pueblo también organizamos por suertes la aportación de la leña que cada familia debía suministrar al templo de nuestro Dios en su momento, año por año, para quemarla sobre el altar del Señor, nuestro Dios, como está escrito en la ley. ³⁶Acordamos traer cada año al templo del Señor las primicias de nuestras cosechas y de los frutos de todos los árboles, ³⁷y a los primogénitos de nuestros hijos y de nuestros ganados, como está prescrito en la ley. En cuanto a los primogénitos de nuestras reses vacunas y de nuestro ganado menor, decidimos presentarlos en el templo de nuestro Dios a los sacerdotes encargados del culto del templo de nuestro Dios. ³⁸También acordamos traer a los sacerdotes las primicias de nuestra harina, de los frutos de toda clase de árboles, del vino y del aceite, para almacenarlas en las cámaras del templo de nuestro Dios; y dar la décima parte de nuestras cosechas a los levitas, pues son los mismos levitas los que recogerán las ofrendas en todas nuestras ciudades de labranza. ³⁹Un sacerdote, hijo de Aarón, acompañará a los levitas en la colecta de los diezmos. Los levitas, por su parte, llevarán la décima parte del diezmo recogido al templo de nuestro Dios, a las cámaras del tesoro, ⁴⁰porque en estas cámaras es donde los hijos de Israel y los levitas depositan las contribuciones de vino, trigo y aceite, y donde están los materiales del santuario, de los sacerdotes en servicio, de los porteros y de los cantores. Y no abandonaremos más el templo de nuestro Dios.

11¹Los príncipes del pueblo se establecieron en Jerusalén. En relación con el resto del pueblo, se echó a suertes para que, de cada diez hombres, uno viniese a vivir a Jerusalén, la ciudad santa, quedando los otros nueve en las ciudades. ²El pueblo bendijo a todos los que se ofrecían voluntarios para vivir en Jerusalén. ³Estos son los jefes de las provincias que se establecieron en Jerusalén y en las ciudades de Judá. Cada uno se estableció en su propiedad, en sus poblaciones respectivas de Israel: sacerdotes, levitas, donados del templo y descendientes de los siervos de Salomón. ⁴En Jerusalén se establecieron algunos de Judá y de Benjamín. De Judá: Ataías, hijo de Uzías, hijo de Zacarías, hijo de Amarías, hijo de Sefatías, hijo de Mahaleel, descendientes de Fares; ⁵y Maasías, hijo de Baruc, hijo de Col José, hijo de Jazaías, hijo de Adaías, hijo de Yoyarib, hijo de Zacarías, hijo de Seloní. ⁶En total, los descendientes de Fares que se establecieron en Jerusalén fueron cuatrocientos sesenta y ocho hombres de valía. ⁷De Benjamín: Salú, hijo de Mesulán, hijo de Yoed, hijo de Pedaías, hijo de Colaías, hijo de Maasías, hijo de Itiel, hijo de Isaías, ⁸y sus hermanos Gabbay y Sallay. En total, novecientos veintiocho hombres de valía. ⁹Su jefe era Joel, hijo de Zicrí, y el segundo puesto en la ciudad lo ocupaba Judá, hijo de Hasenúa. ¹⁰De los sacerdotes: Yedaías, hijo de Yoyarib; Yaquín, ¹¹Seraías, hijo de Helcías, hijo de Mesulán, hijo de Sadoc, hijo de Marayot, hijo de Ajitub, príncipe del templo de Dios, ¹²y sus hermanos, empleados en el servicio del templo: ochocientos veintidós; y Adaías, hijo de Yeroján, hijo de Pelalías, hijo de Amsí, hijo de Zacarías, hijo de Pasjur, hijo de Malquías, ¹³y sus hermanos cabezas de familia: doscientos cuarenta y dos; y Amasay, hijo de Azarel, hijo de Ajzay, hijo de Mesilemot, hijo de Imer, ¹⁴y sus hermanos, gente preparada: ciento veintiocho. Su jefe era Zabdiel, hijo de Hagadol. ¹⁵De los levitas: Semaías, hijo de Jasub, hijo de Azricán, hijo de Jasabías, hijo de Buní; ¹⁶Sabtay y Yozabab, jefes de los levitas, que estaban al frente de los asuntos exteriores del templo de Dios; ¹⁷Matanías, hijo de Micá, hijo de Zabdí, hijo de Asaf, cantor jefe que entonaba la acción de gracias en la oración; Bacbuquías, el segundo entre sus hermanos, y Abdías, hijo

de Samúa, hijo de Galal, hijo de Yedutún. ¹⁸El total de los levitas en la ciudad santa era de doscientos ochenta y cuatro. ¹⁹De los porteros: Acub, Talmón y sus hermanos, guardianes de las puertas: ciento setenta y dos. ²⁰El resto de Israel, los sacerdotes y los levitas vivían en todas las ciudades de Judá, cada uno en su propiedad. ²¹Los donados del templo residían en el Ófel. Sijá y Guispá eran los jefes de los donados del templo. ²²En Jerusalén, el jefe de los levitas era Uzí, hijo de Baní, hijo de Jasabías, hijo de Matanías, hijo de Micá, de los descendientes de Asaf, que eran cantores al servicio del templo de Dios. ²³Había una disposición del rey sobre ellos, y para los cantores había una ley que establecía su turno día a día. ²⁴Petajías, hijo de Mesezabel, descendiente de Zéraj, hijo de Judá, era representante del rey para todos los asuntos del pueblo. ²⁵En las aldeas y en sus campos residían parte de los de Judá: en Quiriat Arbá y sus aldeas vecinas; en Dibón y sus aldeas vecinas; en Yacabsel y sus villas; ²⁶en Yesúa, Moladay Betpélet; ²⁷en Jasar Sual, Berseba y sus aldeas vecinas; ²⁸en Sicelag, Meconá y sus aldeas vecinas; ²⁹en Ein Rimón, Orea y Yarmut; ³⁰en Zanój, Adulán y sus villas; en Laquis y sus campos; en Azecá y sus aldeas vecinas. Así habitaron desde Berseba hasta el valle de Hinnón. ³¹Por su parte, los descendientes de Benjamín se establecieron en Guibeá, Micmás, Ayá, Betel y sus aldeas vecinas; ³²en Anatot, Nob, Ananías, ³³Jasor, Ramá, Guitayin, ³⁴Jadid, Seboín y Nebalat; ³⁵en Lod, Onó y el valle de los Artesanos. ³⁶De los levitas había grupos en Judá y Benjamín.

12¹Estos son los sacerdotes y levitas que regresaron con Zorobabel, hijo de Sealtiel, y con Josué: Seraías, Jeremías, Esdras, ²Amarías, Maluc, Jatús, ³Secanías, Rejún, Merenot, ⁴Idó, Guinetón, Abías, ⁵Miyamín, Mazías, Bilgá, ⁶Semaías, Yoyarib, Yedaías, ⁷Salú, Amoc, Jelcías, Yedaías. Estos eran los jefes de los sacerdotes y de sus hermanos en tiempos de Josué. ⁸De los levitas: Josué, Binuy, Cadmiel, Serebías, Judá y Matanías, el que dirigía los himnos con sus hermanos, ⁹mientras que Bacbuquías y Uní, hermanos suyos, se alternaban con ellos, según sus clases respectivas.

¹⁰Josué engendró a Joaquín, Joaquín engendró a Eliasib, Eliasib engendró a Yoyadá, ¹¹Yoyadá engendró a Yojanán y Yojanán engendró a Yadúa. ¹²En tiempos de Joaquín, los cabezas de las familias sacerdotales eran: de la de Seraías, Meraías; de la de Jeremías, Jananías; ¹³de la de Esdras, Mesulán; de la de Amarías, Yehojanán; ¹⁴de la de Maluk, Jonatán; de la de Secanías, José; ¹⁵de la de Jarín, Adná; de la de Meremot, Jelcay; ¹⁶de la de Idó, Zacarías; de la de Guinetón, Mesulán; ¹⁷de la de Abías, Zicrí; de la de Miyamín; de la de Mazías, Piltay; ¹⁸de la de Bilgá, Samúa; de la de Semaías, Jonatán; ¹⁹de la de Yoyarib, Matenay; de la de Yedayá, Uzí; ²⁰de la de Salú, Calay; de la de Amoc, Eber; ²¹de la de Jelcías, Jasabías; de la de Yedayá, Natanael. ²²Yoyadá, Yojanán y Yadúa, los cabezas de familias sacerdotales, fueron registrados en tiempos de Eliasib, hasta el reinado de Darío el Persa. ²³Los levitas, cabezas de familia, fueron registrados en el libro de las Crónicas hasta la época de Yojanán, nieto de Eliasib. ²⁴Los jefes de los levitas eran Jasabías, Serebías, Josué, Binuy y Cadmiel; sus hermanos se situaban delante en el coro (un coro frente a otro) para alternar con ellos los himnos de alabanza y de acción de gracias, conforme a las normas de David, hombre de Dios. Eran ²⁵Matanías, Bacbuquías y Abdías. Mesulán, Talmón y Acub eran porteros y montaban guardia en las puertas de los almacenes. ²⁶Estos vivían en tiempos de Joaquín, hijo de Josué, hijo de Josadac, y en tiempos de Nehemías, el gobernador, y de Esdras, el sacerdote y escriba. ²⁷Para la inauguración de la muralla de Jerusalén fueron a buscar a los levitas de todos los lugares donde habitaban, para que viniesen a Jerusalén y se pudiese celebrar la dedicación con júbilo, con himnos de alabanza y con cánticos, al son de címbalos, arpas y cítaras. ²⁸Acudieron los cantores levitas de los alrededores de Jerusalén, de las aldeas de Netofat, ²⁹de Betguilgal, de los campos de Guibeá y de Azmávet, pues los cantores habían construido sus propios pueblos en los alrededores de Jerusalén. ³⁰Los sacerdotes y los levitas se purificaron y después purificaron al pueblo, las puertas y la muralla. ³¹Después hice subir a la muralla a los jefes de Judá y organicé dos grandes coros de cantores para ser dirigidos. El primero marchaba

por la muralla hacia la derecha, hacia la Puerta del Muladar. ³²Detrás de él iban Osaías y la mitad de los jefes de Judá, ³³Azarías, Esdras, Mesulán, ³⁴Judá, Minyamín, Semaías y Jeremías; ³⁵y, de los hijos de los sacerdotes, iban provistos de trompetas los siguientes: Zacarías, hijo de Jonatán, hijo de Semaías, hijo de Matanías, hijo de Miqueas, hijo de Zacur, hijo de Asaf, ³⁶y sus hermanos Semaías, Azarel, Milalay, Guilalay, Maay, Natanael, Judá y Jananí, con los instrumentos musicales de David, hombre de Dios. Esdras, el escriba, iba al frente de ellos. ³⁷Al llegar a la Puerta de la Fuente, subieron derechos por la escalinata de la Ciudad de David, por encima de la muralla, y por la subida del palacio de David, hasta llegar a la Puerta del Agua, a oriente. ³⁸El segundo coro marchaba por la izquierda. Yo iba detrás de él con la otra mitad de los jefes del pueblo, por encima de la muralla ancha. ³⁹Pasamos después por la parte de arriba de la Puerta de Efraín, de la Puerta Antigua y de la Puerta de los Peces; después por la Torre de Jananel y la Torre de los Cien, hasta la Puerta de las Ovejas, parándonos en la Puerta de la Cárcel. ⁴⁰Los dos coros se pararon en el templo de Dios, y yo también con la mitad de los jefes ⁴¹y los sacerdotes Eliaquín, Maasías, Minyamín, Miqueas, Elyoenay, Zacarías y Jananías, con las trompetas. ⁴²Y también con Maasías, Semaías, Eleazar, Uzí, Yehojanán, Malaquías, Elán y Ezer. Los cantores entonaron sus cantos. Yisrajías era el director. ⁴³Aquel día se ofrecieron sacrificios solemnes; la gente estaba llena de júbilo, pues Dios les había dado un motivo de gran alegría. También las mujeres y los niños se regocijaron, de modo que la alegría de Jerusalén se oía desde lejos. ⁴⁴Aquel día se nombraron los responsables de los almacenes destinados a guardar las contribuciones, las primicias y los diezmos. Debían reunir en ellos, según los campos de las diversas ciudades, las porciones legales correspondientes a los sacerdotes y levitas, pues Judá se complacía viendo a los sacerdotes y levitas en funciones. ⁴⁵Ellos guardaban las normas relativas a Dios y el rito de la purificación. También los cantores y los porteros actuaban según las prescripciones de David y de su hijo Salomón. ⁴⁶Pues ya en los tiempos antiguos de David y de Asaf existían jefes de cantores y cánticos

de alabanza y de acción de gracias a Dios. ⁴⁷En tiempos de Zorobabel y en tiempos de Nehemías todo Israel daba a los cantores y a los porteros las porciones correspondientes a sus necesidades de cada día. También daban a los levitas las cosas consagradas. Y los levitas entregaban las cosas sagradas a los hijos de Aarón.

13¹En aquel tiempo, se leyó el libro de Moisés en presencia del pueblo y se encontró escrito en él que los amonitas y los moabitas no debían entrar jamás en la comunidad de Dios, ²porque no habían salido a recibir a los hijos de Israel con pan y agua, y habían comprado a Balaán para que los maldijese, aunque nuestro Dios cambiara la maldición en bendición. ³De manera que cuando escucharon la ley, excluyeron de Israel a todos los extranjeros. ⁴Antes de esto, Eliasib, pariente de Tobías, sacerdote responsable de los almacenes del templo de nuestro Dios, ⁵había preparado un local grande en el que antes se depositaban las ofrendas, el incienso, los utensilios, los diezmos del grano, del vino y del aceite, esto es, lo que tenían que dar a los levitas, a los cantores y a los porteros, y el salario que correspondía a los sacerdotes. ⁶Mientras sucedía todo esto, yo no estaba en Jerusalén, porque el año treinta y dos de Artajerjes, rey de Babilonia, regresé a la corte. Pasado algún tiempo pedí un permiso al rey ⁷y vine a Jerusalén. Aquí me enteré del mal que Eliasib había hecho proporcionando a Tobías un local en el atrio del templo de Dios. ⁸Me enfadé mucho por aquello y saqué del lugar todos los muebles de la casa de Tobías. ⁹Después mandé purificar el lugar e hice reponer allí los utensilios del templo de Dios, las ofrendas y el incienso. ¹⁰También supe que no se habían vuelto a entregar las partes de los levitas y que los levitas y los cantores encargados del servicio habían tenido que marcharse a sus campos. ¹¹Reprendí a los jefes y les dije: «¿Por qué ha sido abandonado el templo de Dios?». Después los reuní y restablecí sus funciones. ¹²Todo Judá trajo a los almacenes la décima parte del trigo, del vino y del aceite. ¹³Puse como responsables de los almacenes al sacerdote Selemías, al escriba Sadoc y al levita

Pedaías y, como adjunto, a Janán, hijo de Zacur y nieto de Matanías, porque eran considerados personas de confianza. Les encargamos que hicieran el reparto entre sus hermanos. ¹⁴¡Acuérdate de mí por esto, oh Dios mío, y no olvides las obras buenas que hice por el templo de mi Dios y por su servicio! ¹⁵Por aquellos días me di cuenta de que en Judá había algunos que en sábado pisaban en los lagares, acarreaban los haces cargándolos sobre asnos, e incluso transportaban vino, uva, higos y toda clase de mercancías, para traerlos a Jerusalén en día de sábado, y los amonesté por ponerse a vender ese día sus productos. ¹⁶También algunos tirios que vivían en la ciudad traían pescado y toda clase de mercancías, y las vendían a los judíos en Jerusalén en sábado. ¹⁷Yo reprendí a los jefes de Judá, diciéndoles: «¿Por qué hacéis esto tan detestable profanando el día del sábado? ¹⁸¿Acaso no fue esto lo que hicieron vuestros padres y por lo que Dios hizo caer sobre nosotros y sobre esta ciudad toda esta calamidad? ¡Y vosotros aumentáis el ardor de la ira divina contra Israel profanando el sábado!». ¹⁹Así pues, en cuanto la noche cubrió las puertas de Jerusalén, la víspera del sábado, ordené que se cerrasen las puertas, y que no se abrieran hasta después del sábado. Situé junto a las puertas a algunos de mis hombres para que no entrase carga alguna en día de sábado. ²⁰Así pues, los mercaderes y los vendedores de todo tipo de productos pasaron la noche fuera de Jerusalén una o dos veces. ²¹Y los reprendí diciéndoles: «¿Por qué pasáis la noche delante de la muralla? Si lo volvéis a hacer, ordenaré que os detengan». Desde aquel momento no volvieron más en día de sábado. ²²También ordené a los levitas que se purificasen y vinieran a guardar las puertas, para que se santificara el día de sábado. ¡También por esto, acuérdate de mí, oh Dios mío, y ten piedad de mí por tu gran misericordia! ²³Por aquellos días también observé que algunos judíos se habían casado con mujeres asdoditas, amonitas y moabitas. ²⁴De sus hijos, la mitad hablaban asdodeo o el idioma de otros pueblos, pero no sabían hablar judío. ²⁵Los reprendí y los maldije, hice azotar a algunos de ellos, les arranqué los cabellos y les hice jurar en el nombre de Dios: «¡No

caséis a vuestras hijas con extranjeros! ¡Y vosotros y vuestros hijos no os caséis con extranjeras! ²⁶¿No fue este el pecado de Salomón, rey de Israel? Y eso que entre tantos países no había un rey como él. Era amado por su Dios, y Dios le había constituido rey de todo Israel. Pero también a él lo indujeron al pecado las mujeres extranjeras. ²⁷¿También tendremos que oír que cometéis este grave delito de traicionar a nuestro Dios casándoos con mujeres extranjeras?». ²⁸Incluso a uno de los hijos de Yoyadá, hijo del sumo sacerdote Eliasib, yerno de Sambalat, el joronita, lo eché de mi lado. ²⁹¡Acuérdate, oh Dios mío, de esta gente, que ha profanado el sacerdocio y la alianza de los sacerdotes y los levitas! ³⁰De esta forma los purifiqué de todo lo extranjero y restablecí los servicios de los sacerdotes y los levitas, regulando la función de cada uno, ³¹la ofrenda de la leña en sus tiempos fijados y la de las primicias. ¡Acuérdate de mí, oh Dios mío, en mi bien!